

Murió Alejandro Feinstein hace ya unos días.

Ante todo envió mis más sentidas condolencias a su esposa Ángeles y a sus hijos, Carlos, Miguel y Guillermina, y a sus nietos y demás familiares. Comparto el dolor profundo de estos momentos.

De los aspectos académicos de Alejandro, de sus cargos y distinciones, nacionales e internacionales, no me interesa tanto hablar en este instante. Pero si me importa decir que en cada espacio que la Astrofísica ocupa en nuestro observatorio/facultad, en cada computadora, cada silla, escritorio, pizarrón o lo que fuere, hay una parte de él. Hasta tenemos un edificio con su nombre.

Siento, por sobre todo, que ha muerto un ASTRONOMO que formaba parte del grupo de los realmente enamorados de esta disciplina; un apasionado de la observación al pie del telescopio que se dejaba llevar por la contemplación del cielo. Un entusiasta de los datos. Un hombre movido por la fascinación que las zonas de Carina y de la Nebulosa del Águila ejercían sobre él. Doy fe de ello (no creo ser el único).

Un tipo de persona que jamás fue pagada de sí misma a pesar de que su sola mención abría puertas. No sólo aquí. También en el extranjero. La jactancia y ciertas pretensiones de sabihondo -que uno ve a menudo- no formaban parte de su personalidad. Al contrario, lo suyo era el perfil bajo. Era una rara avis. No se creía diferente. No pensaba que tenía la explicación de todas las cosas y quizás por eso se la pasaba aprendiendo. Y esto fue así hasta donde pudo, ciertamente.

Si algo predominó en su proceder científico fue el decir sin vueltas que las cosas estaban mal hechas si -efectivamente- estaban mal hechas; a cualquiera. Pero también era un ser carente de toda doble intención en su manera de actuar con los otros. Simplemente era muy directo... No obstante, en los casi cuarenta años que estuve a su lado lo vi colaborar con todos los que se le acercaron. Por su propia esencia Alejandro formaba parte de la solución, no del conflicto.

Era agudo para distinguir, al instante, entre los preocupados por la gloria y los comprometidos con el trabajo en pos del bien común; no descarto que esta característica tal vez, pudo haber sido un poco difícil de compartir para ciertas personas. Pero como era consecuente consigo mismo, no vacilaba en acompañar toda iniciativa seria que se le ponía a consideración.

Algunos de nosotros tuvimos la inmensa suerte de cruzar nuestras vidas con la de él, de compartir viajes, observaciones, cafés, cenas, reuniones, congresos..., disfrutando de cada cosa con la seriedad de los chicos cuando están jugando. Y fuera del ámbito de trabajo era un tipo increíblemente social, solícito, cálido. Hacía que uno se sintiera en familia.

Por esto y por mucho más que todo esto, y a pesar de la tristeza que me provoca su muerte, brindo por Alejandro, brindo por haber tenido la fortuna de compartir tantos años de trabajo a su lado, por lo que me ayudó, por lo que me enseñó y por lo que aprendí con tan solo verlo hacer.

Rubén Vázquez.